

# *XXV Domingo Tiempo Ordinario*

*Isaias 55, 6-9; Filipenses 1, 20c-24. 27a; Mateo 20, 1-16*

*«¿Vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?»*

*18 Septiembre 2011 P. Carlos Padilla Esteban*

---

*«Lo importante es que vosotros llevéis una vida digna del Evangelio de Cristo »*

**Ha pasado ya un mes desde que el Papa recorrió las calles de Madrid y es como si algo hubiera cambiado.** La ciudad ha vuelto a su ritmo normal, ya no se ven por la calles las mochilas de la JMJ y el parque del Retiro no está lleno de peregrinos venidos de todo el mundo; ahora el metro parece más tranquilo y no hay aglomeraciones de jóvenes alegres por todos lados. Pero en todos los que vivimos este acontecimiento queda grabado el recuerdo de unos días llenos de vida y llenos de Dios. Un taxista comentaba: «*Estos jóvenes transmiten alegría, yo quiero eso para mis hijos, voy a cambiarlos a un colegio católico.*». Otra señora decía: «*Estos jóvenes son buena gente, su sonrisa impresiona.*» Han desaparecido los jóvenes pero ha quedado un recuerdo imborrable. Su testimonio no han sido palabras huecas, ni reclamaciones, ni exigencias. No han cambiado normas, ni el sistema, ni con su paso se ha resuelto la crisis. Han dado su paz y su testimonio ha sido una alegría llena de esperanza provocada por el amor de Dios en sus corazones. Sin la comodidad de un buen colchón y bajo la lluvia de una tormenta aparentemente pasajera, los jóvenes en Cuatro vientos han dado un testimonio de fidelidad alegre y confiada. El Papa tampoco quiso irse cuando se lo pedían y la tormenta arreciaba. Él quería quedarse junto a esos miles de jóvenes que se arrodillaban en silencio ante Cristo vivo y asentían con entusiasmo a sus palabras: «*Él quiere que seáis sus apóstoles en el siglo veintiuno y los mensajeros de su alegría. ¡No le defraudéis!*». Estos jóvenes han dejado nuestras almas llenas de esperanza. Su libertad interior, sin miedo a confesar su fe en público, su alegría descarada, sin espacio para la desesperanza y su fidelidad en la adversidad, sin lugar para las dudas, es un faro en nuestro camino. Recordar lo ocurrido en estos días nos lleva a pensar que Dios ha venido a cambiar nuestros corazones. **Porque Dios no se conforma con las migajas de nuestra entrega, lo quiere todo, quiere nuestro amor indiviso.**

**El paso del Papa por nuestra ciudad ha vuelto a dejarnos claro que el seguimiento a Cristo se vive en el interior de una Iglesia viva y alegre.** Sus palabras eran firmes en Cuatro Vientos: «*Pero permitidme también que os recuerde que seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia. No se puede seguir a Jesús en solitario. Quien cede a la tentación de ir «por su cuenta» o de vivir la fe según la mentalidad individualista, que predomina en la sociedad, corre el riesgo de no encontrar nunca a Jesucristo, o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él.*». Todos estamos llamados a integrar esa comunidad orante y apostólica. La viña, su Reino, sigue siendo esa invitación que Dios nos hace, porque no quiere que nos quedemos callados y quietos al borde del camino. Las palabras de Cristo nos tocan el corazón: «*En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: -El reino de los cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña.*». Cristo nos contrata para trabajar en su viña, porque quiere que vivamos en comunión, **porque quiere que seamos esa comunidad viva de fieles donde se hace presente la evidencia de su amor.**

**Se trata de una comunidad en la que se manifiesta la diversidad.** La unidad en la

diversidad sólo es posible en la fuerza del Espíritu Santo. Así lo vivimos en la JMJ. Por todas partes se manifestaba la diversidad de culturas y de formas, diferentes acentos y tendencias. El Espíritu unía. El P. Kentenich nos habla de la importancia de ese respeto a la originalidad de cada uno: «*Donde impera el molde tenemos la muerte de la originalidad, de la individualidad y del verdadero respeto*»<sup>1</sup>. Dios no usa moldes con los hombres, respeta los tiempos y las formas. Dios nos quiere a todos por igual, no hace distinciones, no rechaza a los que son diferentes. Respeta siempre las diferencias y no olvida a nadie. No ocurre así muchas veces a nuestro alrededor. ¡Cuánta intolerancia! Decía Benedicto XVI respecto a aquellos que no siguen a Cristo y se creen ellos mismos dioses: «*Desearían decidir por sí solos qué es verdad y qué no, lo que es bueno o es malo, lo justo o lo injusto, quién es digno de vivir o puede ser sacrificado en aras de otras preferencias*». No podemos vivir pensando que estamos en posesión de la verdad y que nuestro camino es el único. Es necesario tener un corazón abierto y capaz de aceptar a todos, a los que nos tratan bien y a los que nos rechazan. El respeto surge de un corazón humilde que no tiene la pretensión de imponer a nadie su verdad. El respeto de Cristo siempre es una señal de cómo es el amor de Dios por el hombre. **Nos quiere como somos y acepta nuestras diferencias.**

**Al mismo tiempo, Dios es bueno y no se cansa nunca de esperar y de llamar a los que se han quedado perdidos por el camino.** Dios respeta los tiempos, como escuchamos en el Evangelio: «*Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo, y les dijo: -Id también vosotros a mi viña, y os pagaré lo debido. Ellos fueron. Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde e hizo lo mismo. Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo: -¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar? Le respondieron: -Nadie nos ha contratado. Él les dijo: -Id también vosotros a mi viña*». Dios sale a buscarnos por los caminos. No se desanima porque sabe que cada uno tiene sus tiempos y Él no tiene prisa. Es más respetuoso que nosotros con la pereza y dejadez de los hombres. Los espera y los busca. No se cansa. Esa actitud suya debería alegrarnos. Las palabras del salmo nos muestran el rostro de Dios: «*Día tras día, te bendeciré y alabaré tu nombre por siempre jamás. Grande es el Señor, merece toda alabanza, es incalculable su grandeza. El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad; cerca está el Señor de los que lo invocan sinceramente*». Sal 144, 2-3. 8-9. 17-18. Es un Dios que nos acepta como somos y nos espera. Aún cuando nosotros le digamos que nadie nos ha llamado. Él nos llama de nuevo. Nos busca, nos quiere a su lado. **Quiere que vencamos nuestros miedos y dejemos a un lado nuestras ataduras.**

**Pero nosotros muchas veces parece que preferimos conformarnos con una vida tranquila y nos da miedo hacer lo que Dios nos pide.** De esa forma acabamos viviendo como setas, utilizando una comparación no tan acertada, pero sí muy expresiva. No hacemos demasiado y pensamos que estamos bien tal y como estamos, parados, sin actuar, ¿para qué cambiar? En la película «Río», el protagonista, un pájaro tropical criado en cautividad, no sabe lo que es volar y vive feliz en su jaula. Tiene pánico a volar y no sabe cómo hacerlo. El miedo a la libertad lo paraliza. En un diálogo de la película quedan claros sus temores. La protagonista le pregunta: «*Volar es pura libertad y no tener que depender de nadie. ¿No quieres eso?*» «*No lo sé, suena un poco solitario*». Sus miedos a volar entran en conflicto con la paz de su vida enjaulada, donde se siente acompañado. Lo mismo nos puede pasar a nosotros cuando nos negamos a volar. La jaula puede ser cómoda y acogedora, pero no deja de ser una jaula de oro. En la película sólo el amor logra romper las barreras de sus miedos. Steve Jobs decía: «*Tenéis que encontrar qué es lo que más amáis. Y esto vale tanto para vuestro trabajo como para vuestros amores. La única forma de tener un trabajo genial es amar lo que hacéis*». El amor nos permite vencer los miedos, hacer locuras y arriesgar la vida. Podemos ser rígidos en la vida o flexibles. Ágiles como las águilas o duros y pobres como las setas que sólo viven arrimadas a los árboles allí

---

<sup>1</sup> José Kentenich, “Textos pedagógicos”, 246

donde hay humedad. Sólo el amor logra sacarnos de nuestra inmovilidad y de nuestro aburguesamiento. Hay muchas setas en la Iglesia de hoy que sólo existen, no actúan, no deciden, no van a trabajar a la viña, como hoy se nos pide en el Evangelio. No se lanzan a la acción y no arriesgan sus vidas. Se dejan tocar por la corriente pero les da miedo dejarse llevar por ella. Quieren cambiar pero no logran dar un paso en esa dirección. Sueñan con hacer algo, pero no se ponen en marcha. **Cuando no cuidamos aquello que más amamos no logramos vencer nuestros miedos y permanecemos quietos.**

**Otras de las barreras que limitan muchas veces nuestra entrega son las expectativas creadas en el corazón.** Actuamos movidos por el deseo de obtener ganancia por aquello que hacemos. Esperamos una especie de recompensa. No nos basta con luchar, con sufrir y entregarlo todo, queremos algo más, queremos justicia. Somos mercantilistas en la entrega y queremos recibir algo a cambio de nuestra generosidad. Sufrir y no recibir tanto como quisieramos nos frustra. Cuesta entender el sacrificio sin recompensa. Se nos olvida lo importante que es vivir con intensidad todo lo que hacemos, sin agobiarnos por el éxito o el fracaso. Toni Nadal, entrenador de Rafa Nadal, decía algo importante: «*El trabajo mental consiste en hacerte creer a ti mismo que eres capaz de lograr la victoria, y lo más importante cuando salgas mañana aquí es estar dispuesto a luchar todos los puntos y saber afrontar todas las situaciones*». El hecho de darlo todo en la lucha ya ha merecido la pena. Hoy estamos más pendientes del fruto esperado y muchas veces sin haber trabajado demasiado. Queremos ganancias fáciles y dineros recibidos gratuitamente. Soñamos con ganar la lotería jugando poco dinero, arriesgando casi nada. Deseamos recibir sin esfuerzo todo lo que necesitamos. Sin embargo, cuando nos confrontamos con la derrota, no sabemos afrontarla. Es difícil saber perder y no recibir lo esperado. Me duele mucho encontrar personas generosas, que lo dan todo, pero que destilan amargura porque la gente no valora su esfuerzo, no les agradecen y no reciben frutos. Sufren y, a la larga, destruyen con su mano izquierda lo que han **construido con mucho esfuerzo con la derecha. Me da pena porque no construyen, porque no se dejan utilizar por Dios.**

**En nuestra relación con Dios podemos llegar a ser muy mercantilistas.** Damos y esperamos obtener algo a cambio. Y cuando experimentamos la cruz, no entendemos que Dios no la aleje de nosotros como recompensa por haberle amado tanto. Hablamos de ganarnos la indulgencia, cuando, en realidad, se trata de una gracia que se recibe como don y como camino para nuestra conversión. Vemos la confesión como un perdón que se recibe sólo si hacemos algo a cambio, para compensar el daño causado con nuestro pecado. Nos cuesta la gratuidad del perdón de Dios, nos cuesta entender que Dios es bueno y hace con lo suyo lo que Él quiere. Hoy el dueño de la viña, al ver la reacción de los envidiosos, pregunta: «*¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?*» Dios tiene otra medida. Su medida es el amor sin medida. Su generosidad no tiene límite. Da como quiere y a quien quiere. Por eso nos cuesta entender su forma de amar y de entregarse por nosotros. Isaías nos muestra que sus caminos, los caminos y la forma de pensar de Dios, no son los nuestros: «*Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos. Como el cielo es más alto que la tierra, mis caminos son más altos que los vuestros, mis planes, que vuestros planes*». Por eso nos invita el profeta a buscar al Señor, para encontrar en Él el camino verdadero: «*Buscad al Señor mientras se le encuentra, invocadlo mientras esté cerca; que el malvado abandone su camino, y el criminal sus planes; que regrese al Señor, y él tendrá piedad, a nuestro Dios, que es rico en perdón*» Isaias 55, 6-9. Siempre es posible empezar de nuevo. Siempre podemos volver la mirada a Dios y mirar con sus ojos. **Nuestra relación con Él puede cambiar, si aceptamos que su amor es un don que se nos regala, para que nosotros aprendamos a amar como Él nos ama.**

**En el Evangelio de hoy escuchamos una gran verdad: Dios reparte sus gracias como Él quiere y a quien quiere.** Nos promete un denario, la vida eterna, la felicidad junto a Él.

Pero no hace distinciones dependiendo del momento en que nos ponemos a trabajar por su Reino: «*Cuando oscureció, el dueño de la viña dijo al capataz: -Llama a los jornaleros y págalos el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros. Vinieron los del atardecer y recibieron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. Entonces se pusieron a protestar contra el amo: -Estos últimos han trabajado sólo una hora, y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno. Él replicó a uno de ellos: -Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? Así, los últimos serán los primeros y los primeros los últimos.*» Mateo 20, 1-16. Muchas veces la envidia tiñe la bondad de nuestra entrega y exigimos justicia. ¡Cómo es el alma humana! Somos capaces de lo mejor, de llegar a dar la vida con generosidad, y, acto seguido, podemos caer fácilmente en actitudes mezquinas. En la parábola cada uno recibe aquello que le han prometido y, sin embargo, al ver lo que reciben otros que han trabajado menos, manifiesta su descontento. Así suele ser en nuestra vida. La envidia acaba matando la alegría. Siempre queremos más y nos comparamos continuamente. El otro día leía una entrevista que le hacían a un Tuareg. El Tuareg reflexionaba sobre la realidad que se encontró al llegar a Europa: «*Tenéis de todo pero no os basta y os quejáis. Tenéis ansia de poder, frenesí, prisas. Sin embargo, allí nadie quiere adelantar a nadie. Aquí tenéis reloj, pero allí tenemos tiempo*». ¡Qué gran verdad! Nunca estamos contentos con lo que tenemos. No aprendemos a valorar las pequeñas ganancias en las grandes pérdidas y no aceptamos lo que la vida nos da; siempre pedimos más, sobre todo cuando nos comparamos. ¿Por qué no nos alegramos con sencillez de nuestra suerte sin mirar a los demás? Solemos observarlo todo con suspicacia, tratando de encontrar las injusticias que Dios permite. Comparamos nuestras desgracias con las alegrías que viven muchos. Encontramos que nuestra cruz es terrible. Entonces surge la envidia y le reclamamos a Dios.

**Esta semana hemos celebrado la fiesta de la Exaltación de la Cruz y la fiesta de Nuestra Señora de los dolores.** ¡Qué difícil entender el misterio de la cruz, del dolor, del sufrimiento y la muerte! Dice Benedicto XVI: «*La cruz no fue el desenlace del fracaso, sino el modo de explicar la entrega dolorosa que llega hasta la donación de la propia vida*». Es algo que nos cuesta entender. Una persona decía hace un tiempo: «*No soy feliz a pesar de mi enfermedad, soy feliz gracias a ella*». Llegar a pensar así es un fruto del Espíritu Santo en nosotros. Normalmente reaccionamos de forma distinta ante la cruz. Pensamos que no la merecemos, que es injusto, que por qué a nosotros. No entendemos a ese Dios que desea nuestro dolor y sufrimiento cuando nos ha prometido la felicidad y la plenitud en el camino. Nos cuesta mirar la cruz como un camino de felicidad. Nos cuesta entender ese misterio de Cristo muerto en el madero. Un pensamiento nos puede hoy dar algo de luz: «*Por eso de repente pensé algo que creo que nunca había hecho consciente. Nunca había pensado que abrazar la Cruz significaba abrazar también a Jesús en la Cruz. Así es más fácil abrazar la cruz. ¡Abrazándole a Él!*». Cristo está en la cruz, en nuestra cruz, abrazándonos. La cruz no es soledad, es cercanía de Dios. La cruz, Cristo en la cruz, bendice el mundo. Cristo se hace pequeño en la cruz para que nosotros podamos abrazarlo. **Y así, agotados por el cansancio, hallamos en su abrazo la paz de Aquél que lo ha entregado todo por amor.**

**Llegar a amar la cruz de nuestras vidas, el dolor y la frustración, nuestra debilidad y nuestras caídas, es el camino de salvación.** En la cruz somos salvados. Dios lo puede hacer posible. Decía San Juan Crisóstomo: «*Yo me río de todo lo que es temible en este mundo y de sus bienes. No temo la muerte ni envidio las riquezas. Por eso, os hablo de lo que sucede ahora exhortando vuestra caridad a la confianza. Cristo está contigo, ¿qué puedo temer? Que vengan a asaltarme las olas del mar y la ira de los poderosos; todo eso no pesa más que una tela de araña*». No tememos nada cuando vivimos en el Señor, cuando es Él nuestro único descanso. Aunque necesitamos que Dios cambie nuestro amor: «*Probablemente se necesita un amor*

*sobrehumano, sobrenatural, para anhelar a Dios por encima de todo y anhelar la muerte*<sup>2</sup>. María, abrazando a Cristo en la cruz, se convierte para nosotros en Madre del consuelo. Queremos aprender a vivir como vivió Ella, firme y confiada en el dolor. Comentaba S. Bernardo de María: «*La punzada del dolor atravesó tu alma, y, por esto, con toda razón, te llamamos más que mártir, ya que tus sentimientos de compasión superaron las sensaciones del dolor corporal*». En su dolor, María, rota su alma, encuentra la paz y el consuelo de Dios. En el silencio de nuestra cruz nos abraza María con su amor aunque no entendamos ni sus formas ni su camino. Decía el P. Kentenich: «*María encarna una actitud que se caracteriza por estar siempre abierta a Dios. Si profeso una profunda devoción mariana, participo de esta actitud receptiva ante Dios y las cosas divinas*<sup>3</sup>». María nos educa para que, en la pobreza de nuestra cruz, alcancemos a percibir ese amor humilde del Dios que nos conduce. Ella nos enseña a vivir con docilidad. Hoy queremos vivir como vivió María. Sor Teresita, una monja en un convento de España, comenta que, cuando se descuida en su vida diaria, le dice a María: «*Quiero mirar con tus ojos, hablar con tu boca, oír con tus oídos y amar con tu corazón*». **Así queremos hoy vivir, como vivió María abrazada al Señor.**

**El Evangelio de hoy nos deja mucha luz para nuestra vida.** Cuando entregamos la vida a Dios pensamos que deberíamos recibir algo como pago por nuestra generosidad. Nos parece justo que si trabajamos de sol a sol recibamos más que los que llegan a última hora, por eso se despierta la envidia cuando no es así. Cuando pensamos en la misma Iglesia, nos creemos con derechos adquiridos cuando llevamos tiempo sirviendo en un lugar. Damos mucho y esperamos mucho a cambio, que nos valoren, que nos consulten, que nos tomen en cuenta. Es como si nos sintiéramos buenos, ya salvados y merecedores de un cielo mejor que el de aquellos que se han dormido y llegan tarde a la llamada. Entonces olvidamos de nuevo que todo es gracia, y no pago por nuestros méritos. El otro día leía: «*Yo sola no puedo conseguir que Dios sea mío, aunque lo quiera y lo ame. Si digo: «Dios mío», ese «mío» incluye la conciencia de ese milagro, de que Dios se entrega verdaderamente al ser humano, cada día, hoy*<sup>4</sup>». Dios habita en nuestro corazón por gracia, como don. Todo le pertenece a Él, también los frutos de nuestra entrega. Porque es Dios el que nos hace fecundos, Dios utiliza nuestra fragilidad y logra frutos con los que no habíamos soñado. No somos nosotros, es Dios quien actúa. Las palabras de la segunda lectura plantean un dilema, la fecundidad del servicio en la tierra o la plenitud de vivir con Cristo para siempre: «*Cristo será glorificado abiertamente en mi cuerpo, sea por mi vida o por mi muerte. Para mí la vida es Cristo, y una ganancia el morir. Pero, si el vivir esta vida mortal me supone trabajo fructífero, no sé qué escoger. Me encuentro en ese dilema: por un lado, deseo partir para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor; pero, por otro, quedarme en esta vida veo que es más necesario para vosotros. Lo importante es que vosotros llevéis una vida digna del Evangelio de Cristo*. Filipenses 1, 20c-24. 27<sup>a</sup>. Nos entregamos no para obtener un fruto concreto, sino como consecuencia del amor que hemos recibido. Nuestra ganancia es Cristo y no tanto el apego que tenemos a esta vida que es pasajera. Pero hace falta un milagro de Dios para cambiarnos. Queremos obtener fruto aquí, en la tierra, y nos olvidamos de algo central: aquí estamos sólo de paso. Una persona me comentaba: «*Pienso que para mí la soledad es no ver que con lo que hago soy fecunda. Estar en casa con los míos me parece infecundo y pienso en santa Teresa; ella vivió toda la vida en el convento con las hermanas de siempre. Visto con mis ojos también podría parecerle infecundo su mundo y largo su día, porque no estaba lleno de estímulos exteriores. Pero fue santa y era feliz*». Es necesario recordar que estamos llamados a vivir para siempre en el cielo y que la fecundidad es sólo de Dios. Los frutos que Dios nos regale en la tierra son gracia, no tenemos derecho a ellos. **Tenemos que aprender a no buscar siempre los frutos y entregar nuestro amor con sencillez, sin esperar nada.**

<sup>2</sup> Wanda Póltawska, “Diario de una amistad”, 138

<sup>3</sup> P. Rafael Fernández, “Hacia una nueva cultura mariana”, 59

<sup>4</sup> Wanda Póltawska, “Diario de una amistad”, 135